

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 294

Barcelona, 22 de Noviembre de 1937

Av. 14 de Abril, 556

Durruti
se asoma - la
vista alta, el
espíritu altivo, el cuer-
po pálido de las calles
de Barcelona y el ros-
tro moreno de los
campos aragoneses - al
universo del más allá.
Durruti da su vida y...

DURRUTI "Renunciamos a todo menos a la victoria"

La sublevación militar española encuentra despiertos y dispuestos el 19 de julio en las calles de Barcelona a quienes quiso sorprender indiferentes o dormidos. Entre la gris neblina de la madrugada los oficiales traidores vislumbran la figura de Durruti. Aprenden a temerle. Durruti tiene los ojos grises, las venas grises, el pulso firme, la mirada de plomo. El pueblo catalán gana en pocas horas la batalla al fascismo. Pero el fascismo no se rinde. Acude a la lucha en el campo. Durruti se lanza a la conquista de Aragón, detiene al enemigo.

El hombre hasta entonces limitado a la contienda social, el hombre encerrado en el recinto febril de las ciudades, de las fábricas, traspasa el cerco urbano, el límite revolucionario, mira con mirada clara al hori-

zonte de España, afina su puntería, se hace estratega. Del luchador clandestino, del obrero metalúrgico con la vista fija en la fragua y la intención reconcentrada en el problema social, surge el guerrillero ampuloso de la libertad, el soldado con la cabeza erguida y la voluntad serena.

El 7 de noviembre hay otra ciudad en peligro, otra gran ciudad; la capital de España, la capital del Mundo: Madrid. Durruti se reintegra al ambiente ciudadano. No para que se difumine su recia personalidad

En la página cuarta:

Diez años de fascismo totalitario en Italia

— agrandada a la intemperie española —, sino para definirla entre las brumas de la política internacional. Durruti se asoma — la vista alta, el espíritu altivo, el cuerpo pálido de las calles de Barcelona y el rostro moreno de los campos aragoneses — al universo del más allá. Durruti da su vida y traspasa valerosamente — sin incertidumbres ni vacilaciones — la última frontera. Sus palabras plomizas, certeras como sus disparos, conservan hoy — al año de ser pronunciadas — vibrante actualidad. España, la España heroica que primero ha luchado en las ciudades por sus derechos, luego en los campos por sus libertades y lucha ahora ante el mundo por lograr su independencia, renuncia a todo menos a una sola cosa que le corresponde íntegramente: la victoria.

El terrorismo en la guerra

Por GUGLIELMO FERRERO

Una vez más, el mundo se ha indignado por los horrores de la guerra. El escándalo del momento lo constituye el Japón, con sus bombardeos que destruyen las ciudades chinas: hombres y riquezas a la vez. En cada país se preguntan con espanto cuál será la suerte de Roma, de París, de Londres, de Munich, de Berlín en la guerra, de cuya proximidad todo el mundo se da cuenta. Pues nadie tiene la menor duda de que si la guerra estallase se verían en toda Europa los horrores de China y probablemente en mayor escala.

Se han convertido los hombres en monstruos? Hay en ellos algún demonio furioso?

Estas matanzas y estas destrucciones son preparadas, ordenadas y ejecutadas en el Japón, como lo serán mañana en Europa, por militares: oficiales y generales. Estos oficiales y generales no son monstruos; son hombres como nosotros, y si los conociésemos en la vida privada, os extrañaría su dulzura y humanitarismo. ¿Por qué contribuyen entonces a ejecutar destrucciones tan horribles? Por deber profesional; porque desde la segunda mitad del siglo XIX, los dirigentes de los grandes ejércitos del mundo occidental han estado cada vez más subyugados por una nueva idea de la guerra. El verdadero demonio que los posee es la idea de que, como la guerra es un mal, es preciso que sea lo más corta posible; y la manera más segura de abreviarla es hacerla tan terrible como se pueda. Deprimido por la violencia del ataque, el enemigo se desanimaría rápidamente y firmaría al punto la paz, evitando para su adversario y para sí mismo los horrores de una larga guerra. Ello sería una forma de humanizar la guerra haciéndola tan inhumana como fuera posible.

Esta idea paradójica es producto del siglo XIX. En el siglo XVIII, los diplomáticos, los estadistas y los generales profesaban la teoría opuesta: cuanto más violenta y más feroz sea la guerra, mayor es el peligro de que se eternice, porque los dos adversarios, exasperados, se niegan a toda idea de transacción y de conciliación y se obstinan en querer luchar hasta el fin. Cuanto más suave y humana sea la guerra, más fácil es la firma de la paz por medio de un arreglo razonable, y mayor es la probabilidad de que dure poco.

Algunos publicistas célebres del siglo XVIII, como Vattel, una vez en este camino, llegan a la conclusión de que el perfeccionamiento de las armas es un absurdo peligroso. Lo que cuenta en una guerra no es la potencia absoluta de las armas de que disponen los adversarios, sino su superioridad o inferioridad relativa. Si yo estoy armado con un simple bastón y mi enemigo completamente inerme, me encuentro en mejor situación que si los dos disponemos de un revólver último modelo. Como entre pueblos de igual civilización todo perfeccionamiento de las armas realizado por uno de ellos es imitado inmediatamente por los demás, Vattel llega a la conclusión de que no hay nada más absurdo que perfeccionar las armas: los adversarios quedan en la misma situación relativa; sólo aumentan los estragos de la guerra — la destrucción de riqueza y la pérdida de vidas.

La idea de que por ser la guerra una acción violenta haya que hacerla más violenta a medida que se perfecciona, y de que la civilización, en lugar de suavizarla la haga más destructiva y feroz, fué concebida por primera vez por el general Clausewitz, que fué de 1820 a 1830 director de la Escuela de guerra de Berlín. Sus ideas no empezaron a extenderse por el mundo militar hasta después de 1848, y, sobre todo, después de 1870, pero siempre en estado teórico, sin hallar aplicación en las batallas, las cuales siguieron librándose sin demasiada ferocidad.

En 1907, cuando se reunió en El Haya la segunda Conferencia Internacional de la Paz, convocada por el Presidente Roosevelt y el Zar de Rusia, el mundo militar y político estaba ya dividido en las dos doctrinas de la guerra: la suave y la feroz; pero todavía de una manera puramente teórica. El embajador Nelidoff, que inauguró la Conferencia en nombre del zar, resumió el estado de la cuestión en un discurso que aún se lee con interés. He aquí sus palabras:

«Para que las guerras sean cortas y raras, afirmase que es preciso que los pueblos comprometidos soporten todo su peso, con el fin de hallarles término lo antes posible. Esta opinión me parece un tanto ilusoria; los horrores de las luchas antiguas y de las guerras de la Edad Media no dis-

(Continúa en la página siguiente.)

CREDO FASCISTA

Italia prepara al pueblo para la futura guerra

«Giustizia e Libertà» publica el siguiente suelto: «En las escuelas públicas en Italia se hace una gran propaganda de la guerra de España. Los alumnos están obligados a oír una conferencia, que se da semanalmente, que canta las victorias de los héroes italianos que combaten en las hordas de Franco y que hacen ver las ventajas que Italia obtendrá después de la victoria del general rebelde. El profesor no titubea al señalar en el mapa el imperio romano que el fascismo se propone conquistar y que comprenderá todo el África del Norte, asegurando a Italia el dominio completo del Mediterráneo. Se activa una campaña de difamación contra Francia, al tiempo que exalta a Alemania como aliada y fiel, las armas de la cual, unidas a las de Italia, pondrán en cintura al bolchevismo y a las naciones bolchevizadas restableciendo el orden y la paz en el mundo.

Efectivamente, en todos los centros italianos, desde el más pequeño al más grande, se preparan los ánimos ante la eventualidad de una guerra europea que procurará desencadenar el eje Roma-Berlín contra las naciones no fascistas.»

(«El Diluvio». Barcelona, 21-XI-1937.)

Importante envío de material de guerra a los rebeldes

La fábrica de armas y municiones de la Alemania central, ha recibido la orden de disponerse a expedir a España fusiles, morteros, cañones y municiones. Otras dos fábricas de Berlín han recibido un importante pedido de cañones anti-aéreos, destinados igualmente a los rebeldes españoles.

Habitualmente la casa Ott, de Berlín, es la que se encarga de estos asuntos. Se sabe que Ott participa también en la explotación de minerales del Marruecos español.

La casa Boekelheim se dedica exclusivamente al transporte de material de guerra con destino a la España rebelde.

Ultimamente han llegado a Stade gran cantidad de vagones que llevaban la inscripción: «¡Cuidado!

¡Huevos!». Se ha podido comprobar que los vagones estaban cargados de municiones para el general Franco.

Durante la semana pasada llegó gran cantidad de productos químicos a los pequeños puertos del Elba inferior. En Stade se han cargado 88 toneladas de productos químicos en el vapor «Maritza», bajo la vigilancia severísima de la policía.

Asimismo, la compañía Hansa envía sin cesar armas y municiones, principalmente al puerto de Huelva. Un importante cargamento de mineral procedente del Marruecos español ha sido descargado en Stade como pago a los envíos alemanes de material de guerra.

(«La Voce degli Italiani», 5-XI,37.)

EL TERRORISMO EN LA GUERRA

(Continuación.)

minuyeron ni la duración ni la frecuencia, mientras que las suavidades introducidas en la segunda mitad del siglo pasado en el régimen de las guerras, en el trato a los prisioneros y a los heridos, toda esta serie, en fin, de medidas humanitarias que hicieron honor a la primera Conferencia de la Paz, y que deben completarse con los trabajos de la que ahora inauguramos, no han contribuido en absoluto a desarrollar la propensión a la guerra; antes al contrario, han extendido por todo el mundo civilizado un sentimiento de amabilidad internacional y creado una corriente pacífica que se revela en las manifestaciones de simpatía con que la opinión pública acoge, y espero que acompañe, nuestros trabajos.»

Bruscamente, en 1914, la guerra feroz salió de la esfera de las teorías para lanzarse sobre el mundo. El Gran Estado Mayor alemán la adoptó de una manera decidida y completa y puso toda su esperanza en sus métodos para terminar rápidamente la guerra mundial y sacar a Alemania de la situación en extremo peligrosa en que la había colocado la inmensa coalición formada contra ella. El Gran Estado Mayor alemán se equivocó por completo; la guerra mundial dió la razón a los generales y a los estadistas del siglo XVIII; la violencia de los medios empleados por ambas partes, en vez de acortar la guerra, la prolongó, exasperando a los adversarios y haciendo imposible toda transacción. Fue preciso luchar hasta el fin, es decir, hasta el completo agotamiento de una de las dos partes. Pero, ¿qué esfuerzo tuvo que hacer la otra parte, la victoriosa,

para agotar al adversario, y en qué lamentable estado se halló también al final de la guerra!

Después de la conflagración europea, debería haberse producido una violenta reacción contra la doctrina que pretende humanizar la guerra por exceso de crueldad, y en favor de las ideas del siglo XVIII. Francia e Inglaterra, que durante la guerra mundial acusaron de barbarie a Alemania, a causa de sus métodos de guerra, debían haberse puesto a la cabeza de esta reacción. No ha sido así. Hoy, el terrorismo domina en las guerras, que han vuelto a comenzar, desde 1930—en Manchuria, en Etiopía, en España y en China—; y la consecuencia es evidente: las guerras se eternizan y la paz se hace imposible en todas partes. La actual guerra de China no es más que la continuación, después de una corta tregua, de la guerra de Manchuria. En Etiopía, la guerra continúa, agotadora, en una forma dispersa que podría durar años y años. En España se lucha desde hace más de quince meses.

Cuando comprenda el mundo que los hombres del siglo XVIII tenían razón, ¿reaccionará contra esa loca teoría de que la guerra habría de humanizarse haciéndose inhumana? Este es el gran problema que plantean la guerra de Etiopía, la guerra de España y la guerra de China. ¿Desgraciado el mundo si no se despierta y no sabe resolverlo a tiempo! Pero, para resolverlo, sería necesaria una cosa, sólo una, tan sencilla como difícil: que la Humanidad volviese a la razón.

GUGLIELMO FERRERO

(«La Dépêche de Toulouse», 14-XI-37.)

POR QUÉ HITLER Y MUSSOLINI EXIGEN UNA NUEVA OFENSIVA

En la zona facciosa la situación es cada día más caótica

Los españoles que hay en ella, en su inmensa mayoría combaten o resisten pasivamente a los invasores

Italia y Alemania siguen enviando a España importantes contingentes de tropas y mucho material de guerra—dice S. Gmielew en «Pravda», de Moscú.

Hitler y Mussolini han decidido una nueva guerra ofensiva. La guerra que hacían contra el pueblo español toma un carácter cada vez más amplio y más desenfrenado.

En estas condiciones, la situación de la retaguardia fascista, que siente cada vez más agudamente el yugo de las fuerzas de ocupación, adquiere singular importancia.

En territorio ocupado por los invasores viven unos doce millones de personas, y sólo una parte insignificante, excepción hecha de la gran burguesía, propietarios, clero y oficiales antiguos, apoya al general Franco. La inmensa mayoría de la población—trabajadores de la ciudad y del campo—odia al régimen fascista y la dominación extranjera, lo cual crea una amenaza seria en toda su retaguardia.

Solamente la presencia de un ejército de cerca de 150.000 intervinientes extranjeros en el territorio español, ha permitido hasta ahora a las autoridades fascistas aplastar la resistencia de las masas populares.

La falta de derechos políticos, las privaciones ocasionadas por las contribuciones e impuestos de guerra, constantemente incrementados y por las dificultades financieras y de abastecimiento, crean en la retaguardia de Franco una situación extremadamente difícil. Su inestabilidad y falta de solidez obliga frecuentemente a desplazar fuerzas expedicionarias, que abandonan los frentes para reprimir los desórdenes surgidos en el campo o en las ciudades sometidas.

Mientras en la zona republicana aumentan los terrenos sembrados, en la fascista se agudiza el hambre, a causa de las malas cosechas y de las crecientes necesidades del ejército. Las autoridades fascistas invitan a la población a los «consabidos» ayunos. Ya en las primeras semanas de

guerra constituyeron dos días «de plato único» al mes; en ellos, la población, so pena de una multa, no tenía derecho a guisar más de un plato. Recientemente, «El Diario Vasco» publicó una nueva orden gubernamental: «En sustitución de la orden del 30 de octubre de 1936 sobre la introducción del plato único en los días 1 y 15 de cada mes, la presente orden constituye el «día de plato único» cada viernes. La misma disposición establece que los lunes serán días «sin postre».

La población ha de satisfacer grandes impuestos y contribuciones. En las fábricas e industrias no sólo se ha constituido oficialmente el «día de nueve horas», en que los obreros se limitan a cobrar ocho, sino que cada semana se les descuenta el jornal de un día. Los impuestos alcanzan a todos los habitantes, desde los catorce años de edad. Al efectuar la compra de artículos de primera necesidad el consumidor está obligado a presentar unos sellos especiales, que son una nueva gabela.

Este año han introducido una original «reforma pecuniaria». Han dispuesto que los billetes fascistas emitidos en noviembre del año anterior sean el único valor admitido a la circulación en el territorio ocupado. Al cambiar los antiguos billetes por los nuevos no se da a nadie más de 10.000 pesetas; la cifra restante se inscribe en la cuenta corriente del propietario. A pesar de una intensa campaña de Prensa y no obstante el gran número de órdenes circuladas, la población, según confiesan los propios periódicos fascistas, se resiste al cumplimiento de estas disposiciones. «Desgraciadamente, no todos los españoles toman parte en este gran trabajo», dice el «Diario Vasco».

En las ciudades más importantes hay guarniciones italo-germánicas y destacamentos de policía y de protección. El ejército de los rebeldes ha perdido su papel anterior en los

frentes de guerra, y no puede contarse con él como ayuda firme en la retaguardia.

Franco encuentra dificultades casi insuperables para completar su ejército. Catorce meses de guerra han consumido las fuerzas marroquíes y los cuadros del antiguo ejército español. Se ha llamado ya a muchas quintas, y entre la población española la campaña de alistamiento en la Legión extranjera no da resultado. ¿Qué es lo que puede prometer el general Franco a los voluntarios? Escuchémosle:

«Los legionarios son los soldados del ejército que reciben el mejor sueldo y a los que espera el mejor porvenir. Quien de vosotros sueña con la gloria, quien busque el olvi-

do, quien desee encontrar su salvación, el que ame la lucha y la aventura, el que quiera llevar galones, cruces, estrellas o alcanzar en la guerra la fama del mejor caballero, que ingrese en el Tercio», anima a los voluntarios el «Diario de Burgos».

Pero es poco probable que Franco pueda reclutar muchos hombres con la promesa de galones y de cruces.

El ambiente antifascista penetra en el ejército. Entre los soldados movilizados madura la amenaza contra el régimen fascista. Reconocen el sentido de la guerra de los intervinientes contra el pueblo español, y buscan la oportunidad de pasarse a los republicanos. Los generales tratan de impedirlo con represalias atroces y una demagogia sin límites.

El bandido Franco no logró, ni siquiera en el más pequeño grado, ordenar su economía. Actúan solamente las industrias de guerra más imprescindibles. Alemania e Italia tienden a sacar de España la mayor cantidad posible de materias primas, en torno a las cuales surgen contradicciones entre ambos países. Italia ha firmado con las autoridades rebeldes un acuerdo sobre la explotación de las minas de hierro. El capital alemán, tomando como base principal el Marruecos español, ha creado sucursales en España para la explotación de las riquezas de su territorio. Las casas «Krupp», «Siemens» y «Farben-Industrie» han arraigado ya.

Los ejércitos italiano y alemán se conducen como si estuviesen en una colonia. Los saqueos y violencias italo-germánicas alcanzan un cariz tan amplio, que se reflejan incluso en los documentos oficiales. El general Arnaldi, en una de sus órdenes a la División italiana «Voluntad de Dios», señala: «En los últimos tiempos se han recibido comunicados de las autoridades españolas referentes a robos de coches y algunos actos de pillaje, acompañados de amenazas con armas»...

Todo tiende a provocar el descontento y enemistad hacia los intervinientes extranjeros. Se han agudizado ásperamente las relaciones entre los contingentes españoles rebeldes y los ejércitos italo-germánicos. Cada vez son más frecuentes los casos de colisiones armadas entre ellos, y las agresiones a los mandos extranjeros se suceden sin interrupción, seguidos de detenciones y fusilamientos de soldados y oficiales del ejército faccioso español y de elementos de la población civil. En Granada y Zaragoza, el mando

fascista se vió obligado a utilizar aviación y artillería contra los rebeldes.

Es característico que el ambiente antifascista se propaga incluso en el ejército marroquí. Hace poco tuvo lugar la detención de 150 rebeldes africanos del décimo regimiento del Ejército de Franco, por haberse resistido a ser desembarcados en el litoral del Sur de España. Después de las indagaciones, fueron fusilados dos capitanes, un teniente y dos sargentos.

Los desertores de las filas fascistas cuentan hechos de terror que se realizaron por los alemanes italianos juntamente con sus crímenes españoles. Así, por ejemplo, en Toledo fueron encerrados en el edificio del Seminario, y quemados vivos 50 antifascistas, entre los que había mujeres y niños. En Valladolid se llevó a cabo cuatro mil ejecuciones en muy poco tiempo; recientemente fué fusilado allí un grupo de obreros de la fábrica de cartuchos por resistirse a entrar al trabajo. En algunas ciudades, como Granada, los antiguos cementerios están completamente llenos y se construyen otros rápidamente para dar cabida a las innumerables víctimas del terror fascista. En Asturias, conquistada por fuerzas extranjeras, los verdugos y accionarios hacen una sangrienta carnicería.

Pero, a pesar del terror y las atroces persecuciones, no logran aplagar la resistencia del pueblo español. Los mejores y más valerosos obreros y campesinos forman guerrillas. Ocultándose en la montaña atacan objetivos militares y ocasionan pérdidas considerables a los fascistas, y un estado de constante tranquilidad en su retaguardia.

Los guerrilleros que combaten en Galicia y en los alrededores de Orense y Mérida, han requerido la presencia de no pocas fuerzas fascistas sustraídas a los frentes. En Motril, los obreros de una fábrica de azúcar atacaron a la guarnición fascista y tras una breve lucha se apoderaron de tres cañones. Bien provistos de armas se dirigieron a la montaña, donde crearon un destacamento de guerrilleros.

Los intervinientes extranjeros y los rebeldes fascistas no tienen que poder tener una retaguardia fuerte y sólida. La llegada de muchos contingentes italo-germánicos provocará inevitablemente una oposición cada vez más enérgica de las masas en la retaguardia de Franco.

(«Las Noticias»,—21-XI-37)

¡HIERRO DE BILBAO A CUENTA DE LA CITY

Los alemanes explotan nuestras minas como explotaban las belgas y francesas en la Gran Guerra

El ex duque de Alba, utilizado por los capitalistas ingleses

Londres, 20. — Las relaciones entre ciertos grupos financieros de la City con las autoridades rebeldes de Salamanca y las relaciones entre éstas y los financieros alemanes son estudiadas por el redactor financiero del periódico laborista «Daily Herald», señor Douglas Hay, en un artículo muy interesante y que ha llamado poderosamente la atención. El autor insiste particularmente sobre el papel del ex duque de Alba, representante oficioso de Franco en Londres, y de su intervención cerca de los grupos financieros británicos.

«Franco—dice el articulista—vende sus minerales a Italia y Alemania a expensas de Inglaterra y Francia, y, por otra parte, trata de suavizar a las Compañías británicas intentando forzar a los obreros a que trabajen más horas por jornales más bajos que de ordinario. Mientras tanto las relaciones entre el capital germano-italiano en España y Franco han hecho que los intereses de la City se hayan puesto en relación con él. El ex duque de Alba y Werwich es la figura sobresaliente del gran trust español de electricidad «Chade» (Compañía Hispano-Americana de Electricidad), en donde el capital inglés tiene intereses de

gran importancia. Los capitalistas ingleses tienen intereses en las industrias españolas han utilizado muy a menudo a Alba como agente para sus negociaciones con Franco, y ahora lo quieren utilizar para ejercer presiones en Whitehall.

El autor sigue diciendo que los círculos financieros alemanes han aprovechado los momentos actuales y la debilidad de Franco para lanzar a España un cierto número de nuevas sociedades tales como «Carbonta», «Rica» y «San Antonio», para la explotación de minas de plata. La Compañía alemana que tiene intereses más considerables en territorio rebelde es la «Stoll Berggessellschaft». «Los métodos introducidos—continúa diciendo el articulista—han levantado ya protestas de los consejeros económicos de Franco, puesto que los alemanes explotan las minas con la misma audacia y falta de piedad que, a la sazón de la Gran Guerra, explotaban las minas belgas y francesas en territorio ocupado por los alemanes.

Finalmente, el autor hace resaltar que desde hace algún tiempo se embarcan grandes cantidades de mineral de hierro desde Bilbao hacia Inglaterra.—Fabra.

¿COMPRENDERAN LAS DEMOCRACIAS?

La abundancia de dictaduras es uno de los aspectos del drama económico del mundo actual. Las **GRANDES DEMOCRACIAS** se inquietan. Tienen razón. Pero están en un error si se imaginan que para contener este movimiento bastan las buenas palabras y los discursos **INSPIRADOS**. Si quieren salvar lo que queda de libertades sobre la tierra, han de reconocer valerosamente que el mundo de hoy no es el de ayer, que, como dice André Siegfried, «cada vez se hace más necesaria la aceptación de un cambio de estructura».

No sólo les corresponde proclamar su amor a la paz y afirmar, académicamente, que hay que estudiar de nuevo el problema de las materias primas. Lo que se espera es que hagan, de mutuo acuerdo, proposiciones concretas para la estabilización económica —proposiciones que supondrán sin duda, por su parte, sacrificios aparentes, pero fructuosos. Si no, veremos a los pueblos cada vez más desamparados replegarse sobre sí mismos, en esa contracción **AUTARQUICA** (cuyo símbolo es la dictadura), que prepara horribles treguas: la horrible tregua de la guerra.

(«Ordre», 13-XI-1937.)

Una nota significativa del Jefe de Seguridad faccioso

Martínez Anido exige silencio

El «generalísimo» Franco ha nombrado Jefe de Seguridad Interior, Orden Público e Inspección de Fronteras, al ex general Martínez Anido.

El Imperio reclama auxilio, auxilio material en la última hora de su agonía. Don Severiano Martínez Anido viene dispuesto a prestárselo. No de una manera compasiva, sino cruel, según cuadra a su temperamento. No con dulces palabras que aplaquen el dolor de su irremediable fin, sino con actos destemplados y duros consejos. El ex general Martínez Anido se acerca ala cabecera del Imperio en calidad de remedio heroico. El Estado que propugna la Falange amenaza con quedarse en intento. La endeble armadura sediciosa en que se sustenta amenaza ruina. En pleno desbarajuste imperial aparece el desterrado y desenterrado Martínez Anido. España, la España profanada por los militares traidores, no es quien lo reclama. Pero España — dolorida y hosc — no parece dispuesta a marchar voluntariamente cara al fin, sino de un reluciente reclamo fascista. De grado o por fuerza habrá de enderezarse ahora cara a las tinieblas, cara a la pared de su injusta condena. Quienes así violentan su destino acuden, viéndose en trance de muerte, a la sabiduría desalmada del colérico ex ministro de la Dictadura. Martínez Anido, creador de la «ley de fugas», proyecta de nuevo su sombra sigilosa sobre la alborotada tierra española. Llega provisto de sus mejores armas: sus archivos secretos y fúnebres. Esgrime ya su arma incomparable: la delación.

El Imperio necesita un orden. Creyendo encontrarlo el Imperio se apresta a entrar en caja. Martínez Anido, desde la tumba hueca de Salamanca, ha lanzado una nota macabra. Algunos de sus párrafos, algunas de sus amenazas, revelan hasta qué punto — y no de contricción — ha llegado la crueldad de los militares desleales que tratan de imponer su autoridad en la destartada retaguardia facciosa que grita en voz aguda: «¡Franco! ¡Franco! ¡Franco!», y se queja en voz grave y acusadora de quienes son los únicos culpables de la guerra civil.

Copiamos del «A B C» de Sevilla del día 14 del mes actual las palabras textuales con las que Martínez Anido pretende imponer silencio — ¡por lo menos silencio! — a un pueblo que jamás sintió entusiasmo por el llamado movimiento nacional.

«Inmerecidamente y sin apetencias, pero siempre dispuesto a contribuir con todas mis energías al bien de la Patria, por tercera vez en mi vida he sido designado para llevar a cabo la importantísima misión de mantener el orden o de imponerlo, donde no se observe.»

«Objetivos que no podrían lograrse ni subsistir si no se elimina a los elementos perniciosos, enemigos y perturbadores, que más o menos veladamente se agitan para que se malogren los efectos, fruto de la victoria, y anular los esfuerzos de los buenos patriotas.»

«Muy especialmente en los sitios en que la fúera del enemigo no ha perpetrado sus tropelías, coacciones y su acción criminal, es donde los enemigos encubiertos fraguan las intrigas, conciertan planes desmoralizadores y delictivos, y donde se censura muchas veces con acritud la lentitud de ciertas operaciones militares y la inoportunidad de si tal o cual acción se califica de desacertada, cuando no de descabellada. Y, lo que es peor, preparando hábilmente noticias tendenciosas, falseando muchas veces los hechos victoriosos con la maligna intención de desconcertar y hacer vacilar la opinión pública, engañando a los crédulos y

sembrando la desconfianza y el malestar, creando un ambiente derrotista, preludio siempre de luctuosos acontecimientos.»

«Poseo gran acopio de elementos y datos muy valiosos que ponen al descubierto ciertas actividades individuales y colectivas. Tengo fichas personales sumamente completas e interesantes y con los antedichos elementos, que facilitarán mi labor de conocer a fondo y evidenciar las actuaciones de los enemigos del orden — que lo son de la nación —, y con la cooperación de los organismos puestos al servicio de la seguridad, juntamente con mi propia personal apreciación de los hechos, confío poder desempeñar cumplidamente mi cargo.»

«Aun ateniéndome a los satisfactorios resultados que se me atribuyen por mi actuación en otras dos épocas, estoy persuadido de que en el desempeño de este difícil cargo no bastarían mi buena voluntad y perseverancia, por grandes que sean, si no fueran acompañadas de la colaboración, no sólo de los que por sus destinos están obligados a ello, sino por todos los ciudadanos, tan propensos a veces a censurar la actuación de las autoridades, y que por tratarse de la trascendental función del Orden Público, que a todos afecta, tienen el ineludible deber de cooperar en todo momento en mi gestión, facilitándome noticias y datos en notas firmadas o de manera encubierta, si no quieren revelar sus nombres, aun cuando doy la más absoluta seguridad de que la personalidad de los firmantes quedará siempre en el mayor secreto.

He de hacer presente que todas las noticias son aprovechables, hasta las que al parecer carecen de importancia, puesto que muchas veces pueden servir para enlazar o aclarar determinados sucesos; si no son de utilidad, se prescindirá de ellas al hacer las necesarias comprobaciones.»

«Ha de atenderse a la espontánea y sentida exteriorización del orgullo y sincera alegría en los actos oficiales de homenaje y ostentación de cariño a nuestras heroicas tropas, cumpliendo de este modo el sagrado deber de enaltecer su presencia, así como de hacer manifestación de respeto y entusiasmo al paso de sus banderas, enardeciendo a los fríos y tibios a la vez que haciendo patente el desagrado y repulsa a los que se conducen con poco patriotismo.»

Nuevas fuerzas italianas embarcan para España

Niza, 17. — Se ha embarcado en Spezzia una división de «voluntarios» italianos con destino a España. La integran nueve batallones, entre ellos el 29 Batallón Ciclista. Se ha confirmado la noticia de la llegada a España del batallón de Camisas Negras, salido el 30 de octubre de Co-me.—Aima.

¿Qué hace la escuadra alemana en Algeciras?

Gibraltar, 19. — Los barcos de guerra alemanes «Deutschland», «Mowwe», «Greif», «Kondor» y «Falke» han llegado esta mañana a Algeciras.—Fabra.

Las informaciones que publica este diario responden siempre a la veracidad más estricta.

La hora que pasa

Por la rehabilitación histórica de los estudiantes cubanos, fusilados en 1871

El Círculo Republicano Español de la Habana solicita de nuestra Prensa ayuda para que labore por la rehabilitación histórica de los estudiantes cubanos que la vergonzosa y despótica monarquía española fusiló en 1871.

No podemos ni queremos negarnos a petición tan justa, que tiende a reparar históricamente una de tantas fechorías sangrientas cometidas por el absolutismo monárquico en nuestras perdidas colonias.

Fué Weyler — un mono montado a caballo — el general de la guerrera pringosa y el curvo perfil de ave de rapiña, el ejecutor de aquel desmán, cuya reparación tardía se pide ahora.

No puede existir solidaridad alguna de criterio entre la República española y los vesánicos gobernantes de la segunda mitad del siglo XIX, causantes de los desastres de Cuba y Filipinas con su ruñesta política colonial.

En Filipinas asesinaron a José del Rizal, ferviente patriota y altísimo poeta que hizo su testamento político, en forma lírica, horas antes de ser fusilado.

Y en Cuba fueron esos estudiantes, que se alzaron, no contra España, sino contra los déspotas que la gobernaban, humillando y escarneciendo, con la brutalidad de sus medidas represivas, los pueblos sobre los que ejercían su dominio.

¿Cómo, sabiendo esto, no ha de parecernos acertada la noble iniciativa de los republicanos españoles, residentes en la Habana?

Estamos seguros de que la solicitud que han dirigido al Gobierno de la España leal, pidiéndole que rehabilite la memoria de aquel puñado de muchachos cubanos, será atendida en toda su dimensión histórica y moral.

Cuando España pasa por una guerra bárbara y cruenta, provocada por unos militares de mentalidad troglodítica, análoga a la de aquellos otros de que se sirvieron en Ultramar los Gobiernos monárquicos del pasado siglo, no puede negarse a una reparación como la que ahora se le pide desde la Habana por un grupo de compatriotas, identificados en absoluto con la causa de nuestro pueblo.

Más de medio siglo de oprobio histórico cae sobre las tumbas de los estudiantes cubanos fusilados por Weyler.

Sesenta y seis años se cumplirán el 27 del mes en curso de aquel crimen falsamente legal, cometido en nombre del patriotismo por los mismos que con sus actos afrentaban a la Patria ante el extranjero.

Antes de esa fecha, tan cercana, es preciso que se repare el entuerto de la única manera ya posible.

No es mucho pedir.

¿Qué podían saber de tamaña injusticia unos políticos, un pueblo sumido en la ignorancia y en la esclavitud, que mientras al otro lado del mar perdíamos las colonias, gritaba hasta enronquecer y bebía peleón en las plazas de toros?

Pero ahora esos gobernantes, ese pueblo, son distintos. Y hará la única justicia que le cabe hacer a Cuba y a sus estudiantes de 1871.

(«Mañana», Barcelona, 21-XI-1937.)

Pablo Picasso habla de la defensa del Tesoro artístico de la República

Un periodista ha preguntado a Picasso:

—¿Quiere usted decirme algo para nuestros lectores de América sobre el «robo y la destrucción del tesoro artístico español por las partidas marxistas»?

El genial pintor ha contestado:

—Esa ridícula historia que ha hecho correr por el mundo la propaganda facciosa, ha sido desmentida de manera rotunda por todos los intelectuales y artistas que han visitado España últimamente. Todos coinciden en señalar principalmente el emocionante respeto que el pueblo español en armas ha tenido por su inmenso tesoro artístico y el celo que ha puesto en el salvamento de los cuadros y esculturas, retablos y tapices, de las bombas incendiarias. Todos conocen el bárbaro bombardeo del Museo del Prado por los aviones rebeldes. Y también saben todos igualmente cómo, exponiendo sus vidas, consiguieron los milicianos salvar el tesoro pictórico del Museo madrileño. No hay posibilidad de duda. Por una parte, los aviones rebeldes lanzan bombas incendiarias sobre los museos. Por otra, el pue-

blo pone en sitio seguro los objetivos de estas bombas: las obras de arte.

(«La Humanitat», 21-XI-37.)

León Nicole en Madrid

Madrid, 20. — El presidente del partido socialista suizo y director del diario ginebrino «Travail», León Nicole, se encuentra desde ayer en Madrid.

La impresión recibida por León Nicole en su rápida visita a algunos de los sectores inmediatos a Madrid no puede ser más halagüeña.

Después de recorrer estos sectores, recorrió el barrio de Argüelles y se mostró sinceramente conmovido ante el espectáculo de un barrio completamente destruido por la barbarie fascista.

Al mediodía estuvo en el domicilio de la Agrupación Social Madrileña, donde fué recibido por Manuel Albar, con el que estuvo conversando detenidamente sobre la marcha de nuestra guerra y sobre asuntos de política internacional.

Después, M. Nicole se entrevistó con el delegado de Prensa y Propaganda, Carreño España.—Febus.

LOS MILITARES

En la España nacionalista imperan en absoluto, con todo exclusivismo, los militares; ni la Falange, ni los Requetés, ni los monárquicos de Renovación española han ejercido allí hegemonía alguna transcendente; pura y sustancialmente los militares han sido los dueños de la zona. Y siguen siéndolo; con la diferencia de que antes eran los militares españoles, y ahora... son los militares extranjeros.

Militares, eran los elementos todos del primer Gobierno de Burgos; militares son Queipo y Franco; militares los dos jefes del Gobierno que han ejercido el cargo, Dávila y Gómez Jordana; militares todos los Gobernadores civiles de la zona, Alcaldes, Delegados, y los que ejercen alguna jurisdicción o mando. En la España Nacional el que no es militar no es nada.

Aún los que ejercíamos alguna forma de autoridad, residuo de la que anteriormente poseíamos, habíamos de revalidarla en el fieltro de los militares.

Para circular, para efectuar traslados y viajes, aún en la zona a que se extendía nuestra jurisdicción, no era suficiente la posesión del cargo; necesitábamos tener el salvoconducto militar, renovable cada mes y firmado por el Jefe de Estado Mayor de la División. Yo conservo el último que me fué facilitado por el teniente coronel Aizpuru, fechado en 5 de junio de 1937, y que dice textualmente:

«Ejército del Norte. VI Cuerpo de Ejército. Estado Mayor. Queda autorizado Don Antonio Ruiz Vilaplana y personal que le acompaña, para llegar con el coche M. 48792, para circular por el territorio ocupado, durante un mes. Burgos, 5 de junio de 1937. De Orden de S. E. El Jefe de Estado Mayor, Aizpuru.»

No deja de tener cierta importancia el examen de este curioso salvoconducto. El, acredita, en primer término, que yo podía circular libremente (con permiso de los militares) hasta el día 5 de julio de 1937 — plazo inútil, pues el 30 de junio pasaba la frontera francesa —, pero además demuestra lo que para los propios Generales y Mandos de la zona nacionalista envuelve la idea de su hegemonía en aquel territorio. Le tienen «ocupado»; no ejercen en él función de dominio, propiedad legítima o soberanía de derecho, sino que mandan en él por derecho de «ocupación militar».

Así lo dice, lo escribe y lo firma de su puño y

letra, «por orden de S. E.» (que debe ser el Generalísimo) el Jefe del Estado Mayor Aizpuru. El documento es incontrovertible.

Las licencias de uso de armas, que por nuestro carácter de autoridad nos eran remitidas y autorizadas antes por el Ministro de la Gobernación, al llegar el alzamiento hubimos de someterlas... al jefe de puesto de la Guardia Civil. También conservo, como demostración curiosa de la «capitis diminutio» que sufrió toda autoridad civil, el documento en que, por tal carácter de autoridad, se me concedió licencia y derecho a usar armas...; por un suboficial de la Guardia Civil, que firma Agapito López!... E idéntica autorización y firma necesitaban todas las Autoridades judiciales, desde el Presidente de la Audiencia al último escribiente.

En los homenajes, actos oficiales, etc., las autoridades militares ocupaban siempre el lugar privilegiado, no tan sólo las autoridades de primer orden, sino las secundarias, y en último término, las subalternas; después de éstas se hallaban las autoridades civiles de primer orden.

La vida oficial era para las autoridades civiles una constante y premeditada humillación; en cambio, bastaba poseer un grado cualquiera en el Ejército para que todo se solucionara fácilmente.

Recuerdo perfectamente que en mis frecuentes viajes a la Audiencia de Valladolid, cansado de las formalidades, requisas y altos en el camino, para exhibición de los permisos, opté por rogar a un empleado de mi Juzgado, al cual habían nombrado alférez provisional, que me acompañara. El, por tener familia en Valladolid, lo hacía de buen grado, y yo, llevándole a mi lado en el baquet, con su estrella en el gorro militar, iba tranquilo y confiado de que no me pondrían dificultad alguna en la carretera o entrada en la ciudad.

Todos los militares, aún simples capitanes y tenientes, con destino en cuerpo armado, disponían de automóvil requisado y a su servicio.

El militar en aquella zona vive «patrióticamente» entusiasmado; todos los Jefes y Generales han sido ascendidos y colocados en cargos de importancia; por el habilidoso medio de considerar a los Jefes y Oficiales «habilitados» para el empleo superior inmediato,

sistema inventado y practicado continuamente, se les ha proporcionado a todos un nuevo ascenso, pues las insignias del nuevo grado para el que son habilitados no pueden llevarla sino en la guerrera, a la altura del pecho (para distinguirlas de las del grado efectivo) los cuales llevan las insignias en las bocamangas, pero la paga, la perciben en los mismos billetes que éstos.

Además, todos ellos saben, y esperan confiados, que con cualquier pretexto o motivo (aniversario del reconocimiento de Italia, llegada del Embajador de Guatemala, o festividad de Santiago Apóstol) será dictado en Salamanca un Decreto, con un ascenso global, por méritos de guerra, para premiar la general conducta del Ejército en las operaciones gloriosas.

Todo ello en conjunto representa una corrida de tres grados en el escalafón.

Las concesiones de cruces, recompensas y homenajes están a la orden del día; el Boletín Oficial del Estado, en cualquiera de sus números que se examina, ofrece una larga lista de premios y condecoraciones concedidas.

La Laureada de San Fernando, preciosa condecoración que a todos nos infundía tanto respeto y admiración, ha perdido ya su valor, pues es raro el militar de alguna categoría que no la posee. Desde luego la tienen todos los Generales actuantes: se ha concedido a Moscardó, a Aranda, a Mola, y la tienen solicitada y en vías de concesión Franco y Queipo. Parece que también les será concedida...

Tienen también la Laureada colectivamente todos los defensores del Alcázar de Toledo, todos los de la guarnición de Oviedo, los del Santuario de Santa María de la Cabeza; también la tienen en proyecto los de la Ciudad Universitaria. Finalmente, el Ayuntamiento de Zaragoza, en sesión de uno de los últimos días de agosto, ha solicitado la Laureada para... ¡la Virgen del Pilar!... No es una exageración o una humorada, que mi espíritu religioso no sabría inventar; es un acuerdo firme y una petición que puede ser comprobada fácilmente en los propios periódicos de Zaragoza.

El militar vive allí satisfecho. Pierden el tiempo los que esperen desafecciones o levantamientos, pues yo que sé cómo están instalados y viven todos ellos, aseguro que no ocurrirá tal cosa. Los militares de

(Continuad.)
(Del libro «Doy fe...», original de Antonio Ruiz Vilaplana, secretario judicial de Burgos.)

Diez años de fascismo totalitario en Italia

Del libro del mismo título, original de Silvio Trentin

(Continuación)

blen los detenidos. Cuando uno de ellos ha faltado gravemente a la disciplina, según la apreciación de los guardianes, se le denuncia a la Dirección, la cual, algunas veces, manda buscar al preso y le interroga. Pero lo más corriente es que el desdichado sea castigado, sin ser oído, con quince o veinte días de CELDA DE RIGOR.

En la cárcel de Roma, las horribles sentencias adonde el detenido es trasladado son conocidas con el nombre de «celdas nuevas». Están situadas en la parte más retirada del inmenso edificio. Ninguna voz humana llega allí. Cada celda tiene un metro y medio de largo por un metro de ancho. La puerta es de madera maciza, guarnecida de una reja de hierro. Un hombre encerrado ahí da la impresión de estar enterrado vivo. El único alimento que se le da es pan y agua.

Hay un horrible refinamiento en las torturas impuestas en las celdas de rigor. El agua está contenida en un recipiente metálico fijado a una cadena y colocado entre las dos rejas que están a la entrada. Para beber, hay que arrodillarse en el suelo, atrapar detrás de la primera reja el recipiente y acercarlo a la boca. Es el suplicio de Tántalo, corregido y aumentado.

El «San Antonio» de Roma tiene, no hay que decirlo, su equivalente, en todos los establecimientos penitenciarios italianos, en Prócida, en Turí du Bari, en Pádua, en Bolterra, en Alessandria, en Brescia y en Santo Stefano. En cada sitio se le designa con un nombre especial que basta por sí solo para infundir pavor hasta a los presos más valerosos, más indomables.

En Santo Stefano (¡siempre hay un santo que ofrece su patrocinio a estos lugares de horror!) se conoce bajo la denominación de «Cuarta Sección», y bajo este nombre no tardó en adquirir una celebridad siniestra que excede hasta a la del «San Antonio» de Roma.

Aquí fué muerto el estudiante comunista Rocco Pugliesi, cuya vida y martirio constituyen un ejemplo de los más emocionantes de la devoción sin límite a la causa de todos los explotados.

Los métodos por los cuales, durante la detención preventiva, se realiza la instrucción, son copia de los procedimientos más salvajes de la Inquisición y evocan todo el horror de ésta. Muy a menudo, merced a su aplicación cuidada, los instructores—excediendo en habilidad a sus predecesores eclesiásticos—consiguen sin dificultad que pierdan la razón sus víctimas, matarlos intelectualmente... mientras se les conserva la vida.

La militante comunista Gina Morandotti, sospechosa de hacer propaganda en favor de un partido disuelto, es detenida, en 1927, en Bardonecchia por la policía de la frontera. Enviada primeramente a la Comisaría, es sometida inmediatamente a los peores tratos. Unos agentes especializados la injurian, la golpean, la desnudan y en seguida, con la esperanza de hacerla confesar, le arrancan, poco a poco, utilizando una técnica particularmente refinada, todos los pelos del pubis. Trasladada, algunos días después, a la cárcel judicial de Milán, la señora Morandotti es confiada sin tardar al juez de instrucción cerca del Tribunal especial, que se apresura a emplear en ella tales sistemas inquisitoriales, que al cabo de una semana tiene que ser internada, atacada de locura, en el Asilo de Mombello.

Por eso no comparece ante los jueces el día de la vista de la causa. En este juicio, el presidente del Tribunal excepcional, general Ciacci, tiene que confesar que la inculpada está ausente porque su estado de salud ha exigido su internamiento en una casa de locos.

Un obrero romano que Nitti encontró en la cárcel de Nápoles, y al cual tuvo por compañero de deportación, le hizo el siguiente relato de las torturas sufridas hasta el día en que, por no poder ser enviado ante el Tribunal especial, fué condenado a una temporada de aguas:

«Casi me siento feliz de ser deportado. Las persecuciones de la policía, desde hace algunos años, me hacían la vida imposible. Los fascistas y la policía querían que me inscribiera en el fascio del distrito de San Lorenzo, en donde habitaba... Pero yo me resistía. Estaba convencido de que entrar en el fascio era ir contra mis propios hermanos. Entonces comenzaron las persecuciones. No transcurría una semana sin que mi casa no fuese registrada de arriba a abajo. Desde 1922 he sido detenido cien veces bajo las acusaciones más inverosímiles. Me tenían en la cárcel algunos días cada vez, después me soltaban; pero volvían a prenderme en seguida. Así no me era posible trabajar. En ninguna fábrica querían tomarme. Todo el mundo me rechazaba. Me hice mozo de estación, limpiabotas, chofer, pero siempre por poco tiempo. Un día me llevaron a la Comisaría central y me golpearon hasta hacerme

sangrar para que dijera dónde ocultaba las armas.—¿Qué armas?, preguntaba yo—. Las armas, respondían, y seguían pegándome. Bartolini, agente de la Seguridad pública, fué el que me pegó más fuerte.

Este agente, comenta Nitti, es célebre en Roma por su encarnizamiento con los presos políticos. Un grupo de deportados que pasaba cerca de nosotros se detuvo al oír ese nombre y cada uno de ellos relató su propia experiencia. Casi todos habían sido apaleados hasta sangrar en la questura de Roma. Un gran número, por el contrario, había sido llevado al tristemente célebre cuartel de Magnanapoli, en la calle de la Capital, que lleva el mismo nombre. A la entrada de aquél, se hallaba el cuerpo de guardia. Sobre la puerta un cartel que decía: Quien entra muere... Encima de la inscripción, un dibujo que representaba una calavera. Los presos eran conducidos al cuerpo de guardia y de allí salían ensangrentados.

En el cuartel de Magnanapoli fué organizado, el 1.º de enero de 1925, con el concurso de la policía oficial, el cobarde atentado con que se trató, por primera vez, de decapitar a la oposición parlamentaria, suprimiendo, por sorpresa, en plena calle, a golpes de matracas, a su jefe magnífico e irreductible: Giovanni Amendola. Aquel día la potencia física y la vitalidad prodigiosa de la víctima desarmada vencieron a la brutalidad de los agresores; pero este fracaso, completamente accidental, no los desanimó. Unos meses después, renovaron su tentativa de asesinato en Montecatini y, esta vez, con mejor éxito. Mortalmente herido, Giovanni Amendola, a quien en vano se prodigaron todos los cuidados, falleció en Cannes el 7 de abril de 1926.

Unos momentos antes de morir, los que rodeaban su lecho de sufrimientos oyéronle murmurar casi sin aliento, como obedeciendo a una necesidad irresistible de hacer compartir a los supervivientes la agonía que le asfixiaba:

Han suprimido la libertad de prensa y no puedo escribir; han amordazado al Parlamento y no puedo hablar; me han herido y voy a morir... Pero eso no es nada. Hay una desgracia mucho mayor: que acaban a Italia.

El fin de Giovanni Amendola recuerda mucho al del escritor Piero Gobetti, una de las inteligencias más sorprendentes de las generaciones de después de la guerra, que, en Turín, dió origen al movimiento de Rivoluzione Liberale tan característico por sus crí-

(Continuad.)